DE LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

Mario López Barrio S.J.*

En estos últimos años se ha escrito y discutido no poco sobre el tema. Unos autores la exponen con ánimo optimista, mientras otros la desacreditan y la combaten. El tema ha suscitado interés en unos, escepticismo en otros, disgusto en algunos, confusión en no pocos.

Como un intento de ayudar a estos últimos —personas menos versadas en los estudios teológicos y deseosas de alcanzar claridad en este terreno—, intento ahora esta presentación sumaria de lo que es la teología de la liberación.

Respecto del método seguido, selecciono aportaciones de diversos teólogos de la liberación, cuyas ideas trato de ordenar en esta exposición. Sigo principalmente a Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Segundo Galilea y Jesús Vergara, S.J.

Qué es y cómo nació

Convendría comenzar por decir lo que se entiende por teología: inteligencia de la Palabra de Dios aceptada y vivida, percepción del sentido de la existencia humana a partir de la Palabra de Dios (la revelación de Dios comprende una revelación sobre el hombre).

A propósito del término *liberación,* se pueden distinguir en él tres niveles de significación: a) aspiración de pueblos oprimidos carácter conflictivo); b) proceso histórico del hombre como sujeto de su destino; c) acción de Jesús que libera al hombre del pecado y le hace entrar en comunión con El.

¿Qué es, pues, la teología de la liberación? Es una reflexión crítica, a la luz de la experiencia cristiana de fe, sobre la praxis de los hombres, principalmente de los cristianos, dirigida a la liberación integral de los hombres.

Antes de erigirse en teología y de elaborarse temáticamente, la teología de la liberación fue una praxis de fe y una experiencia vivida de liberación. Es resultado, y no realidad primera. Resulta de la experiencia de liberación, mucho más rica que la reflexión sobre la praxis de liberación.

Esta teología no nació por decisión de algunos. Fue un momento de un proceso mayor y de una toma de conciencia característica de los pueblos latinoamericanos. La pobreza generalizada, la marginalidad y el contexto histórico de dominación irrumpió agudamente en la conciencia colectiva y produjo un viraje histórico. De esta conciencia nueva, que fue llegando a todo el continente, participa también la existencia cristiana, y se refleja en la reflexión teológica. El anhelo de fondo, más que en la celebración de la vida y en la continuidad de la forma de convivencia vigente, se expresa por un intento de ruptura y de transformación. La teología de la liberación nació como propósito de respuesta a los desafíos que surgen de la sociedad oprimida, y como aporte propio desde la fe al proceso mayor que va fraguando en otros campos de la vida del pueblo.

* Licenciado en filosofía; estudios de especialización en Sagradas Escrituras por la Universidad Gregoriana.

Antecedentes

Es una manera *nueva* de hacer teología sólo relativamente, pues ya en el siglo XVI, Vitoria elabora una teología que establece los derechos humanos de los indios. Y en otro nivel, más pastoral y profético, deberíamos considerar igualmente a Bartolomé de las Casas y a los grandes obispos de la Conquista, defensores de los indígenas y de su libertad, en nombre de la fe. En esta línea se sitúa la teología de la liberación.

Su antecedente inmediato está en la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI. Hasta entonces (década del 50 y parte del 60) se hablaba de *desarrollo* como el proyecto de sacar a los pueblos latinoamericanos de su miseria. Pablo VI completa esa noción y habla de *desarrollo integral:* la promoción del hombre en todos sus aspectos, también éticos y religiosos. Es todo proceso que conduce "de situaciones menos humanas a situaciones más humanas".

La Conferencia de Medellín (1968) es la primera en utilizar la palabra *liberación* como término oficial para indicar la reflexión y la tarea de los cristianos en el continente. Se maneja la noción de hombre sujeto de su destino e historia. Se trata de la superación de toda servidumbre y dependencia injusta. *Liberación* tiene sólidas consonancias bíblicas, y menos connotación de dependencia que *desarrollo integral.*

En la *Evangelii Nuntiandi* (1975), Pablo VI adopta decididamente el término *liberación* como el esfuerzo y la lucha por superar todo aquello que condena a los pueblos a quedar al margen de la vida: hambre, enfermedad, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales, en los intercambios comerciales, etc.

La liberación cristiana es la superación de las servidumbres temporales e injusticias (liberación económica, social, política, cultural, etc.), profundamente relacionadas con la salvación de Jesucristo (liberación del pecado). Liberación es la salvación de Jesús, que se da en la historia.

Fuentes y descripción

Dos son las fuentes: la realidad en que vive la Iglesia en América Latina (la praxis liberadora de los cristianos), y la fe objetiva de la Iglesia, que verifica esta praxis. Se va de la praxis a la verificación de la fe, y de la fe a la praxis, dialécticamente.

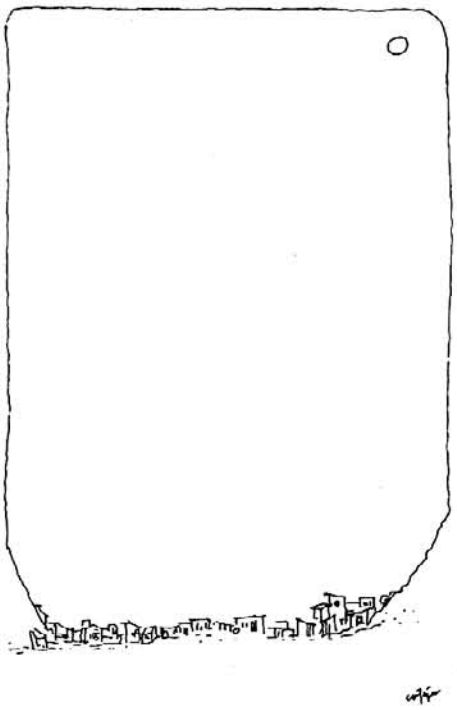
La teología de la liberación ofrece un nuevo enfoque, un nuevo método. No es sólo una teología nueva. Es un nuevo modo de hacerla. No consiste en elaborar previamente un método elucubrado en abstracto para buscar lugeo su aplicación. Nace de la práctica eclesial. Se desarrolla como reflexión crítica de esa misma práctica, como respuesta en la fe a los problemas reales de la vida de fe.

> No se trata de elaborar una teología justificadora de posturas ya tomadas, ni de una afiebrada búsqueda de seguridad ante los radicales cuestionamientos que se plantean a la fe, ni de forjar una teología de la que se 'deduzca' una acción política. Se trata de dejarnos juzgar por la Palabra del Señor, de pensar nuestra fe, de hacer más pleno nuestro amor y de dar razón de nuestra esperanza desde el interior de un compromiso que se quiere hacer más radical, total y eficaz. Se trata de retomar los grandes temas de la vida cristiana en el radical cambio de perspectiva y dentro de la nueva problemática planteada por ese compromiso. Esto es lo que busca la llamada Teología de la Liberación (Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas,* PP. 7, 15-16).

Llegaremos a tener una teología de la liberación sólo cuando los oprimidos puedan alzar su voz libremente y expresarse directa y creadoramente en la sociedad y en el seno del pueblo de Dios. Cuando ellos mismos "den cuenta de la esperanza de que son portadores. Cuando ellos sean los gestores de su propia liberación. . ." (Gustavo Gutiérrez, op. cit., 7, 387).

El pobre es alguien que cuestiona el orden social imperante. La solidaridad con él implica empeñarse en la transformación del orden social actual. El pobre no existe como un hecho fatal. Su existencia no es neutra políticamente ni éticamente inocente. El pobre es el subproducto del sistema en que vivimos y del que somos responsables. Optar por el pobre es optar por el marginado y explotado, contra los grupos dominantes, hacerse consciente del conflicto social y tomar partido por los desposeídos. La opción por el pobre constituye el eje sobre el que gira hoy una nueva manera de ser cristiano en América Latina.

En la teología de la liberación hay dos intuiciones centrales: el método teológico y la perspectiva del pobre. El acto primero es el compromiso en el proceso de liberación. La teología viene después, como acto segundo.

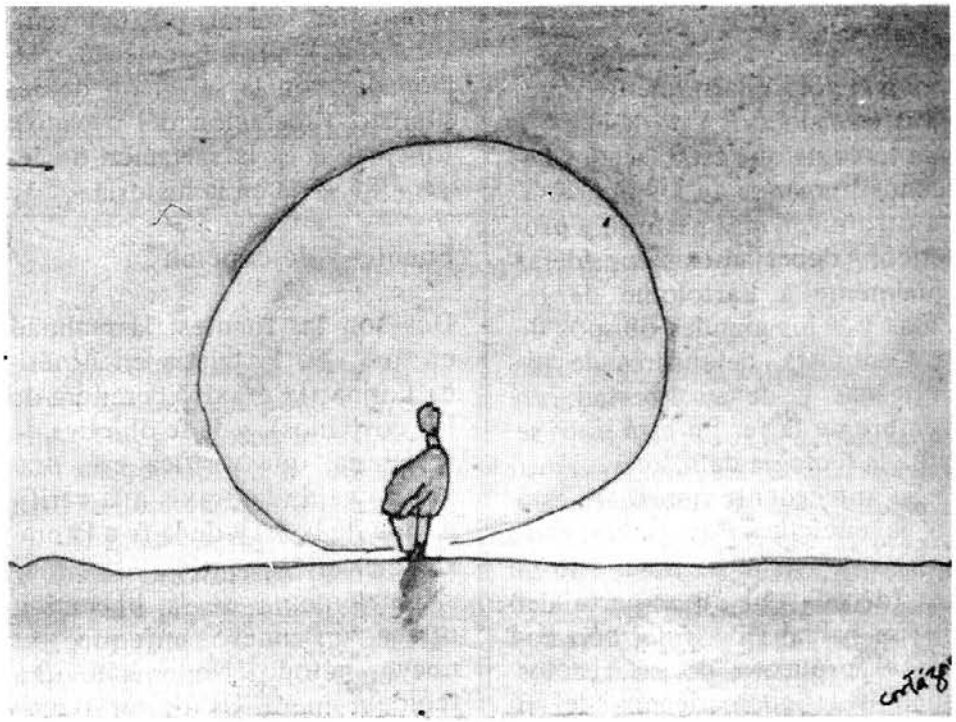


No se trata de una teología de comportamientos y de genitivos, como la teología del pecado, de la revolución, de la secularización, de la vida religiosa, es decir, un tema entre tantos de la teología. Se presenta más bien como una manera global de articular práxicamente en la Iglesia la tarea de la inteligencia de la fe. Es un modo diferente de hacer y de pensar en teología, que implica y presupone a su vez un modo de ser o de vivir distinto.

La teología de la liberación se elabora de acuerdo a un método oficializado por la constitución apostólica *Gaudium et Spes* y por Medellín: análisis de la realidad –reflexión teológica– pistas de acción pastoral. El punto de partida no es un conjunto de marcos teóricos elaborados en abstracto y sistematizados de una manera totalizante, sino de una lectura científicamente mediatizada de la realidad, dentro de la cual se procesa la praxis de la fe.

Los cristianos del continente han participado con otros en el descubrimiento del hermano, de las clases populares y de sus culturas del silencio. Han reaccionado frente a esta situación insertándose en un proceso de cambio, buscando una sociedad más justa y fraterna. Esta opción por los oprimidos y contra la sociedad imperante les da otra forma de ser cristianos, les abre nuevas dimensiones de la fe y una óptica diferente para leer la Escritura y la Tradición.

Con el establecimiento de regímenes militares en muchos países de América Latina y frente al totalitarismo de la ideología de la seguridad nacional han cambiado las tareas de la teología de la liberación. Hay que vivir y pensar desde el cautiverio. Esto significa una táctica nueva de la teología de la liberación, impuesta por los regímenes represivos. El cautiverio constituye el horizaonte mayor, dentro del cual hay que trabajar y reflexionar liberadoramente.



Para lograr una liberación cristiana, el cambio debe ejercerse en los dos frentes: el de la transformación de las conciencias y el de las estructuras. Dialécticamente, uno ayuda al otro. Se trata de una tarea global, interior y personal, y al mismo tiempo, sociopolítica, económica, etc.

Podemos distinguir tres tendencias en la teología de la liberación:

a. En su método, parte de la noción bíblica de liberación, considera luego la realidad latinoamericana y trata de llegar a la praxis.
b. Da más importancia al alma cultural del pueblo latinoamericano (a su proceso histórico de opresión-liberación, desde la Conquista; a la religiosidad popular). Trabaja sobre la interpretación teológica de la idea de *pueblo.*
c. Insiste sobre todo en el factor económico, en el conflicto de las clases sociales, en las ideologías, a las que confronta críticamente con la fe.

Principales temas teológicos

El aporte de la teología de la liberación, que es desde luego teología católica, al conjunto de la teología, está en que se elabora *desde* la realidad histórica particular de las iglesias en América Latina.

Trata de profundizar en un aspecto capital de nuestra vivencia de la fe y de nuestra evangelización: ¿Cómo se articula la salvación de Jesucristo con las diversas dimensiones de la liberación humana de los hombres y de los pueblos? ¿Qué consecuencias tiene esto para la misión de la Iglesia, para la espiritualidad de los cristianos, para la evangelización?

La unidad entre el plan de la creación y la salvación. Cualquier avance es lograr una sociedad más humana y fraternal es un progreso hacia la salvación que Jesús nos ofrece.

La anticipación del Reino de Dios. El Reino que Jesús anunció e inauguró no es una realidad reservada para el más allá. Se va anticipando en la tierra en la medida en que ésta se humaniza.

La salvación se juega en la historia. En el plan de Dios no se encuentran dos historias paralelas, una humana y una de salvación. Como hay un solo designio salvador de Dios, que involucra la creación, de la misma manera hay una sola historia —la del género humano—, en la cual Dios, desde los orígenes y decisivamente con la aparición de Jesús, ha intervenido para salvarla. La historia de salvación es el hijo de gracia que va a compañando la historia humana, desde sus raíces, y que en algunos momentos emerge de una manera más densa (en los sacramentos, en el anuncio del Evangelio . . .).

Escatología y esperanza. La esperanza cristiana es esencial en la elaboración de la teología de la liberación. Se trata de un *quehacer,* que siembra la historia con *promesas.*

La significación salvadora de las liberaciones temporales. En la historia, en la vida de los hombres, se dan acontecimientos y experiencias auténticamente liberadoras. Son un signo —precario, limitado— de la salvación total y del reino definitivo. Se trata de ir descubriendo en esos logros de liberación humana, aunque sean reducidos, un anuncio de que Jesús liberador está actuando, que no se olvida de los que sufren, y de que su reino de amor ya está entre nosotros. Con frecuencia, los teólogos de la liberación ilustran bíblicamente esta dimensión religiosa de las liberaciones temporales recurriendo al Exodo y a los milabros de Jesús.

La liberación a partir del exilio y del cautiverio. Liberación y servidumbre son correlativas. Paradójicamente, la teología de la liberación podría también llamarse *teología de la servidumbre.* El exilio ayudó al pueblo de Israel para interiorizar una liberación concebida en términos excesivamente temporales. Igualmente, el exilio y la servidumbre enseñan el valor liberador de la solidaridad, de la fraternidad, del servicio al pobre. Hemos ido aprendiendo que los tiempos difíciles, de opresión, sufrimientos y servidumbres sistemáticas, son tiempos en que despierta en el pueblo la fraternidad y la solidaridad. Y esto es un preludio de la liberación.

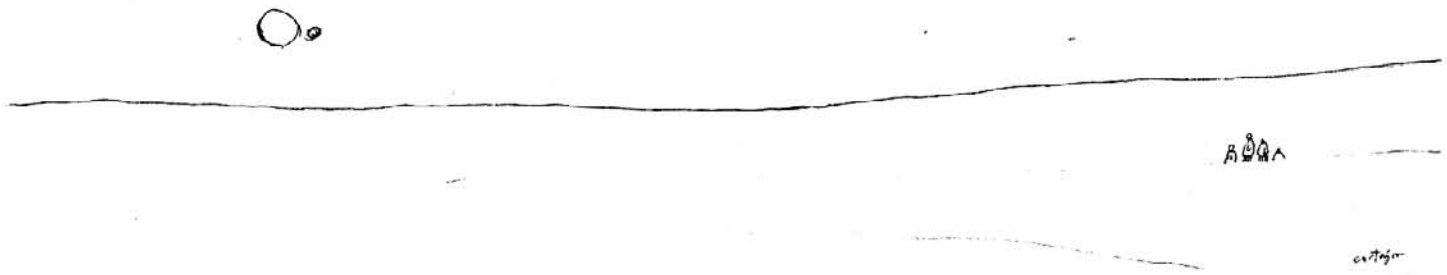
La dimensión salvadora del servicio al pobre. Es uno de los aspectos más significativos de esta teología, que reflexiona desde un continente de pobres. La intuición fundamental es que en el cristianismo es esencial el sentido del pobre, una opción por los pobres. En la vida cristiana, el sentido del pobre es tan capital, que es inseparable del sentido de Dios (cfr. enseñanzas bíblicas: profetas, evangelios).

La importancia del amor eficaz u "ortopraxis". Compromiso por la liberación, praxis liberadora, caridad eficaz con el pobre, se identifican. La teología de la liberación es una teología ortodoxa que apoya su reflexión crítica en la ortopraxis de la Iglesia y de los cristianos en América Latina. Trata de encarnar la fe en las cuestiones económicas, culturales, sociales y políticas, teniendo siempre delante las tareas de la evangelización y la liberación.

Liberación, reconciliación, fraternidad. El compromiso por la liberación lleva implicado el de la reconciliación. Las tareas de la reconciliación son dudosas e ineficaces, si no suponen el trabajo de la liberación. Tampoco es posible lograr la liberación, si no se reconstruye la fraternidad. La perspectiva final de la teología de la liberación es una sociedad a la vez justa y fraternal.

Jesucristo liberador. El está en el fundamento de todo proceso histórico que arranca a los hombres de las injusticias y servidumbres sociopolíticas y temporales, pues la raíz de toda opresión es el pecado, y sólo su gracia redentora es capaz de destruir esta raíz. La liberación de Jesús es la única integral. Es una liberación pascual, pues El, con su muerte, destruyó radicalmente toda forma de servidumbre y, por su resurrección, nos alcanzó todos los bienes de la libertad.

Su vida y mensaje perturbaron el poder establecido y crearon un movimiento religioso de indudables proyecciones sociales. De ahí la paradoja de Jesús que, habiendo seguido siempre una línea religiosa y rechazado explícitamente todo liderato temporal, fuera juzgado al final como subversivo social, como rival del poder del César y condenado al modo de un reo político (Lc 23, 2-25). Su mensaje significó una crítica del poder dominador, de la riqueza injusta, del monopolio del saber. Convocó al reino a los pobres y despreciados, denunció todo privilegio y desigualdad, ante la común paternidad de Dios.



La Iglesia y la Teología de la liberación

A medida que la Iglesia ha ido sintiendo la obligación de cumplir con su función de denuncia profética, ha ido ubicándose, en algunos de sus sectores, en forma diferente frente a la situación de miseria, opresión y alienación en América Latina. No pocos obispos de regiones miserables y explotadas han denunciado enérgicamente las injusticias de que son testigos. Al señalar las causas profundas de tales injusticias, se han enfrentado a las grandes fuerzas económicas y políticas de sus países.

¿Por qué la violencia es aceptable cuando la utiliza el opresor para mantener el *orden*, y es mala cuando los oprimidos apelan a ella para cambiarlo? Teológicamente esta realidad es calificada como una *situación* de pecado.

El sector sacerdotal (y religioso) ha sido de los más dinámicos e inquietos. Muchos sacerdotes consideran un deber tomar posiciones claras y comprometidas en el campo político.

Los cristianos vamos siendo conscientes de que necesitamos una nueva forma de Iglesia: la Iglesia sólo se comprende en función de la realidad que ella misma anuncia a los hombres. Su existencia no es un *para sí*, sino un *para los otros*. Su centro está fuera de ella: en la obra de Cristo y de su Espíritu.

La Iglesia es invitada a convertirse a ese mundo en el que Cristo y Espíritu están presentes y activos. Debe dejarse habitar y evangelizar por él. Debe constatar la quiebra de la fraternidad, la división de las clases; tomar conciencia solidaria de la injusticia de que son víctima los oprimidos. Debe ponerse en la vía peligrosa de Jesucristo. Sin contradecir el Evangelio, no podrá eximirse de prestar su voz a quienes no tienen voz. Su forma principal de hacerse presente en el mundo será por la lucha en defensa de los derechos humanos heridos. Es competencia suya mantener viva la esperanza sin la cual un pueblo aplastado no vive, consolar a los huérfanos, procurar la libertad a los secuestrados por las fuerzas represivas, defenderlos contra la potencia del aparato militar.

Una Iglesia en régimen de cautiverio tiene como tarea, evangelizadora y humana, penetrar en el pueblo. A través de la liturgia, círculos bíblicos y reuniones, deberán mantenerse los lazos mínimos de sociabilidad, crearse espacios en los que la palabra y la expresión sean libres y donde pueda alimentarse el espíritu crítico en la esperanza.

Las otras teologías

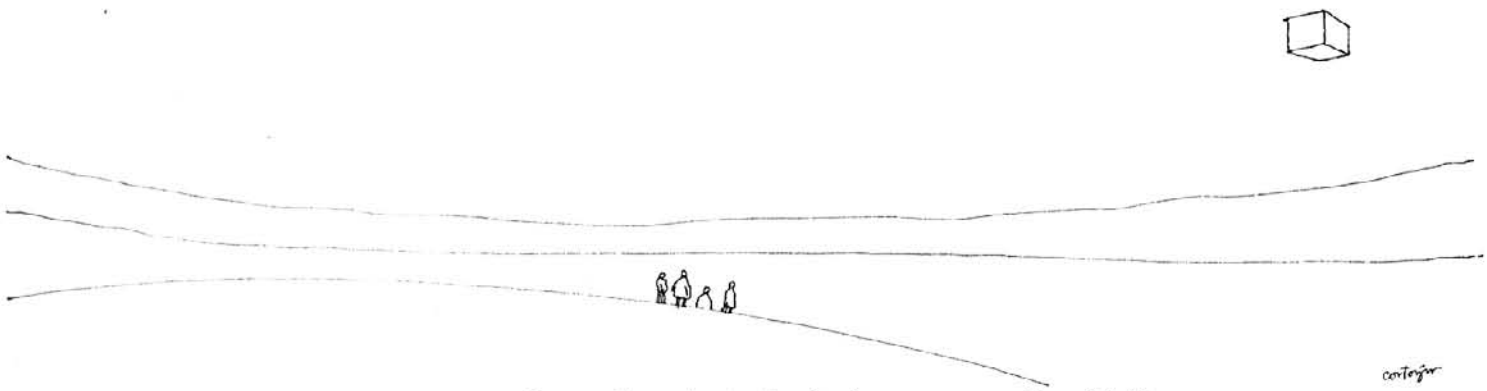
Encontramos otros sistemas de hacer teología, elaborados en Europa o en Estados Unidos, donde el contexto es de opulencia. Su preocupación es la secularización, la pérdida de la fe, en un mundo científico e ilustrado. El interlocutor es el *no-creyente*.

El enfoque de la teología de la liberación de América Latina es desde un contexto de pobreza, dependencia y subdesarrollo, hacia la justicia y la liberación de los oprimidos. El interlocutor es el *no-hombre*. A diferencia de otras escuelas, recurre a las ciencias sociales, como auxiliares, lo cual incluye un cierto análisis de la realidad latinoamericana. Recordemos que durante mucho tiempo la teología recurrió a la filosofía. Se trata de profundizar no sólo en la revelación en sí, sino igualmente la Revelación de Dios en las realidades históricas. El *no-hombre*, en América Latina, está condicionado por lo social más que por lo filosófico (como es el caso del *no-creyente* en el mundo nórdico).

Existen diferentes formas de hacer teología, según sea la concepción particular de fe.

Explicación sistemática. Si la fe se considera como adhesión a verdades reveladas, la teología será su explicación sistemática.

Esta teología expresa el modo de vivir de las autoridades institucionales, que disfrutan del poder sagrado y detentan los medios de producción religiosa. Esta



es fundamentalmente la teología del poder argumentativo y apologético, orientada más por la búsqueda de seguridad que de verdad. Se distingue por la claridad de sus fórmulas, por su afán de ortodoxia, por el pulimiento de sus definiciones que se contraponen a lo complejo y enmarañado de la vida concreta.

Este tipo de teología supone un teólogo desahogado económicamente, que tenga mucho tiempo, muchos libros, dinero para comprarlos y mucha tranquilidad... La limitación de esta teología: carece de densidad histórica; no es suficientemente consciente de los presupuestos económicos, políticos, culturales y clasistas de su elaboración.

Mistagogía sapiencial. Si la fe se toma como conversión al Dios vivo, puede elaborarse una teología como mistagogía sapiencial. Es decir, la fe, antes de estructurarse temáticamente en proposiciones intelectuales, es una experiencia de encuentro con el Misterio de Dios historizado en Jesucristo. Es un convertirse, abrirse, entregarse, confiarse en Dios. Estamos ante una línea bíblica, vital, englobante.

Esta visión teológica enfatiza la estructura dialogal de toda salvación y revelación sobre el aspecto eminentemente existencial y de compromiso que la adhesión a Cristo implica.

A pesar de la riqueza y aportaciones de esta teología (p.e., estudios minuciosos sobre las estructuras del diálogo, sobre la psicología de la conversión y las exigencias de transformación personal que la conversión exige), presenta sensibles limitaciones. Es una teología aún intimista y privatizante, propia de clases beneficiadas por el estatus social. No capta suficientemente las implicaciones cosmológicas, sociales, ideológicas de la persona y de todo diálogo. La conversión está demasiado centrada sobre el corazón y la persona tomada individualmente.

Teología de la liberación. En la acepción de la fe como praxis liberadora, se inscribe la teología de la liberación. Una fe que realmente sea fe en Dios y en Jesucristo conduce a un proceso liberador, de denuncia de las opresiones concretas que corporifican el pecado como rechazo a Dios y al hermano y de efectivo compromiso en la gestación y creación de una sociedad más justa e igualitaria. La conversión se estructura en términos de cambios sociales que implican procesos largos y pasos estratégico-tácticos que concretan un proyecto liberador. La teología de la liberación intenta elaborar todo el contenido del cristianismo a partir de las exigencias de una liberación social, que anticipa y mediatiza la definitiva liberación en el Reino.

Conclusión

La conciencia de pertenecer a un mundo como es la América Latina de hoy nos indica ya una manera concreta de realizar la tarea cristiana: sumarnos activamente a los esfuerzos de tantos hermanos que, bajo la inspiración de la fe, intentan con pasión y esperanza crear entre nosotros las condiciones necesarias para que el hombre latinoamericano (la referencia vale para todo ámbito geográfico infrahumano) pueda vivir verdaderamente como hombre.

La realidad de los grupos humanos marginados es de tal manera desoladora, que se convierte en un clamor ante el cual la conciencia cristiana no puede excusarse, ni menos aún refugiarse en soluciones de ortodoxia, que resultarían verdaderas aberraciones ante un desafío enorme, demanda de respuestas urgentes.

Ojalá que, junto con el peso de la responsabilidad y la urgencia de la tarea, sintamos la gratuidad del don del ser llamados por el Señor de la Historia, a vivir en esta coyuntura histórica, de necesidades tan grandes, campo espacioso para la entrega y la creación de una forma nueva de vivir entre nosotros, según el estilo de Aquel que, siendo Dios, quiso compartir nuestra condición humana.